

ADIÓS A LAS ARMAS: TENSIONES INTERÉTNICAS EN LA FRONTERA DEL PILCOMAYO

Lorena Córdoba*

El Pilcomayo en armas

Al revisar las fuentes históricas, militares y misionales sobre la frontera del Pilcomayo durante la década de 1930, nos topamos con noticias por doquier de enfrentamientos entre parcialidades indígenas, entre indígenas y criollos, y también entre todos ellos y diversos contingentes militares argentinos, bolivianos o paraguayos. Los enfrentamientos recrudecen particularmente durante y luego de la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935)¹. Al mismo tiempo, estos informes revelan una cuestión notoria: el protagonismo cada vez mayor del armamento bélico que, a partir del conflicto, cae en manos de los indígenas que viven cerca del río cuando las comunidades lo encuentran abandonado en los campos de batalla, o bien porque lo obtienen negociando con sus vecinos.

El joven antropólogo americano Jules Henry, que en 1936 realiza su trabajo de campo en Misión Pilagá cerca de la Laguna de los Pájaros (Formosa, Argentina), escribe en una carta a Franz Boas: «Hay 15.000 nivaclés cruzando el río (a tres millas de distancia) armados con carabinas Máuser que recolectan en los campos de

* IICS/UCA-CONICET. Correo electrónico: lorena_cordoba@uca.edu.ar

Agradecemos a David Leake el permiso para utilizar las fuentes documentales de su padre, Alfred Leake, así como al personal del Cambridge Centre for Christianity Worldwide (Inglaterra) que administra dicho material. También a Miranda Rectenwald, curadora de los archivos y colecciones especiales de la Universidad de Washington (Estados Unidos), por permitirnos utilizar el material de Jules Henry que posee esa institución.

¹ Para un análisis sobre la relación de las sociedades indígenas y este conflicto bélico, véase MÉTRAUX 1933a; CAPDEVILA *et alii* 2010; CÓRDOBA 2016; CÓRDOBA, BRAUNSTEIN 2008; RICHARD 2008.

batalla, y ametralladoras, y son quienes mataron a un blanco de este lado del río hace seis meses»². Si bien las cifras parecen excesivas, los partes oficiales del Ministerio de Guerra paraguayo reportan una situación más o menos similar. El 18 de noviembre de 1934 anota el mariscal José Félix Estigarribia: «Comunicado N° 520 [1934]: En Ballivián el enemigo abandonó 310 cadáveres. Recogimos víveres, 11 ametralladoras pesadas, 31 fusiles ametralladoras, 2 morteros Stockers-Brandt, varios trombones y 500 fusiles. Capturamos prisioneros que declaran que la retirada boliviana es desordenada y que numerosas fracciones han traspuesto la frontera argentina, arrojando sus armas al río Pilcomayo»³. Otro comunicado nos permite entender los volúmenes regionales del armamento en cuestión: «Comunicado N° 57 [1932]: Recogimos hasta este momento 5 ametralladoras pesadas, 9 ametralladoras livianas, 300 fusiles, enorme cantidad de municiones y 1 camión [...] Comunicado N° 58 [1933]: El total de armas automáticas tomadas al enemigo asciende a 10 ametralladoras pesadas, 21 ametralladoras livianas, además de 102 bandas de municiones de ametralladoras, cajas de repuestos, máquinas cargadoras... numerosos cajones de proyectiles [...] Comunicado N° 96 [1933]: se habían recogido ya 168 fusiles, 20.000 tiros de ametralladoras pesadas, infinidad de piezas de repuestos para armas automáticas y 15 cajas de bandas de municiones»⁴. La misma problemática es mencionada del otro lado del río por los militares argentinos. Según el capitán Néstor Golpe del Regimiento de Gendarmería de Línea, «durante todo el conflicto paraguayo-boliviano ambas naciones armaban a sus tribus indias con fusiles ametralladoras de peine (Lewis) y fusiles y carabinas para que actuaran en servicios de patrullaje, exploración y seguridad de las tropas regulares. Las tribus macás paraguayas y nivaclés bolivianas incursionaban en nuestro territorio, asesinando, incendiando poblados pequeños y robando su ganado»⁵.

¿Es posible rastrear mayores precisiones sobre la apropiación de este armamento bélico por parte de los tobas y pilagás del lado argentino del río? Porque el problema es que «las armas de los blancos» casi no se mencionan cuando los relatos indígenas evocan los enfrentamientos entre las propias parcialidades autóctonas: tobas contra wichí, tobas contra nivaclés, pilagás contra nivaclés, etc. Sin embargo, un viejo toba de Sombrero Negro nos confirma que el enfrentamiento intergrupal era la norma en la región al menos hasta la llegada de los misioneros anglicanos durante la década

² APS, carta de J. Henry a F. Boas, Misión Pilagá, 26 de octubre de 1936.

³ COMANDO EN JEFE DE LAS FFAA. DE LA NACIÓN 1950, p. 210.

⁴ COMANDO EN JEFE DE LAS FFAA. DE LA NACIÓN 1950, pp. 33, 48.

⁵ GOLPE 1970, p. 189. También disponemos de los escritos de otros militares argentinos: «Los primeros encuentros que motivaron el tome y traiga de los fortines fueron provocados por haber ambas naciones armado a los indígenas, los que eran enviados a patrullar» (DA ROCHA 1937, p. 94). Pero, «al cesar las hostilidades muchos de estos indios, provistos de pertrechos y armas encontradas en la selva, se transformaron en bandoleros asaltantes de las columnas de víveres que abastecían a las tropas que estaban desmovilizándose» (VACCA 1938, p. 233). Para un estudio regional al respecto, véase CÓRDOBA, BRAUNSTEIN 2008.



1. «Niño pilagá con fusil», Laguna de los Pájaros, 1939. Fuente: Fondo Guy Métraux, Musée du quai Branly-Jacques Chirac, París.

de 1930: «Los ancianos de antes se peleaban con los chulupíes, con wichís. Hasta que llegó Alfredo Leake [primer misionero entre los tobas] y dijo que todos somos hermanos: ya no quiere que la gente pelee»⁶. Otro testigo que habla sobre el conflicto interétnico en aquellos años, pero sin insistir demasiado sobre la cuestión del armamento, es justamente el misionero anglicano John Arnett: «Hace cuatro años los pilagás llevaron un ataque contra los ashushlay y volvieron trayendo una cabelle- ra, porque uno de sus jefes, Tenayó, había sido asesinado por los ashushlay mientras pescaba en el Pilcomayo. Es posible que el jefe asesinado hubiera traspasado los lí- mites de pesca que desde hace varias generaciones existen entre las diferentes tribus de aborígenes que viven junto al Pilcomayo»⁷. Otro religioso agrega: «Luego de que llegamos a vivir con ellos, los tobas nunca volvieron a tomar parte de una guerra abierta, pese a que constantemente nos recordaban que seguían las matanzas. Por ejemplo, cuando una niña pequeña, en una caminata de domingo a la tarde, comen- tó mientras pasábamos a través de unos árboles: “Ahí es donde tiraron al mataco viejo que mataron el otro día”»⁸. Sin embargo, pese a que no es mencionado explíci- tamente en estos últimos testimonios, no es difícil suponer que el armamento bélico ciertamente incentivó los tradicionales enfrentamientos ritualizados, al menos hasta

⁶ Testimonio oral recogido por la autora en *Vaca Perdida*, 2006. Para otros testimonios sobre enemis- tades regionales entre los diversos grupos autóctonos, ver GORDILLO 2005.

⁷ ARNETT 1934, p. 500.

⁸ LEAKE 1970, p. 13.

la consolidación definitiva de la *pax* anglicana. Pero, en general, lo cierto es que las armas que provenían del otro lado del río no son referidas en los relatos de conflicto interétnico de forma directa: tal vez porque los datos nos llegan tamizados por los propios misioneros, que no eran demasiado proclives a reconocer los roces intercomunitarios ante las autoridades para no alimentar, de esa forma, la fama violenta atribuida a los indígenas⁹. Como veremos, muchos observadores del período tenían un particular interés por obviar o al menos atenuar la espinosa cuestión de las armas.

Antes de la guerra: armas e ingenio

La apropiación indígena del armamento parece documentada con mucha mayor claridad en otro escenario de tensión interétnica: los choques de los nativos con los militares o los colonos. No son raros, en efecto, los testimonios que relacionan los conflictos recurrentes con los criollos debido al uso de armas con anterioridad a la guerra. En una frontera inestable, con límites inciertos y difusos, en 1882 son asesinados el explorador francés Jules Crevaux y su comitiva del lado boliviano del Pilcomayo. Según las fuentes, los posibles asesinos podrían haber sido indígenas tobas, tobas y chiriguano, o bien tobas, chiriguano y wichí; pero lo interesante es que el evento suscita encendidos debates a ambos lados de la frontera a raíz de las armas que llevaba la partida emboscada por los indígenas. En efecto, sea del lado argentino como del boliviano parten al poco tiempo diversas expediciones que buscan dilucidar los autores del crimen pero a la vez recuperar el armamento perdido (catorce rifles, tres escopetas y cuatro revólveres). El problema, según los testigos de la época, es que los indígenas saben manejar con eficacia las armas y son de hecho «buenos tiradores», con lo cual se incrementa el temor regional a un posible levantamiento¹⁰. En 1903, el diario de Domingo Astrada relata por su parte que los expedicionarios argentinos se encuentran con un grupo de tobas mientras recorren el Pilcomayo hasta Asunción y que «viene el cacique Taaché con cincuenta y seis indios bien armados. Entre las flechas y lanzas que ostentan se ve un fusil sistema antiguo y dos carabinas Remington»¹¹. Una compilación de historias orales de la antigua Misión El Toba refiere varios sucesos interesantes¹². En un episodio recordado por varios ancianos, los tobas se enfrentan en marzo de 1917 con dos regimientos de caballería que atacaron sus campamentos en Laguna Martín y Sombrero Negro. Los tobas re-

⁹ Hay que pensar, por ejemplo, en los relatos sobre los levantamientos nativos durante las primeras tres décadas del siglo XX y la manera en que son reflejados por la prensa local: en efecto, durante los años previos a la guerra del Chaco, algunos periódicos como «La Voz del Chaco» y «La Prensa» publican varios artículos sobre los ataques armados de los indígenas chaqueños (MATHIAS 2015, p. 135 ss.).

¹⁰ COMBÈS 2017, pp. 69-72.

¹¹ Cit. en GORDILLO 2005, p. 58.

¹² GORDILLO 2005.

memoran con algunos matices significativos aquellas hostilidades y los informantes brindan diferentes versiones sobre el éxito o el fracaso comunitario frente al ejército, así como la cantidad de muertes causadas por los combates; pero, en todos los casos, coinciden a la hora de afirmar que los tobas tenían pocas armas y que se les acabaron las municiones¹³.

Para esa misma época, disponemos de los escritos del etnólogo sueco Erland Nordenskiöld, que describen sin ambages el marcado afán del cacique toba Taicoliqui por hacerse de armas: «En el territorio argentino el jefe toba Taycolique se ocupa sistemáticamente como nadie de equipar a su gente con armas de fuego. Incluso llegó al extremo de recuperar los obsoletos fusiles Remington y cambiarlos por armas de repetición»¹⁴. En su historia de los tobas bolivianos, Isabelle Combès reúne asimismo los documentos escritos por el delegado boliviano Leocadio Trigo, quien por ese entonces denunciaba el papel de los dueños de los ingenios azucareros al brindarles armas a los indígenas durante la zafra:

Tengo conocimiento exacto de que los indios tobas y chorotis que han regresado de las haciendas de Ledesma han traído gran cantidad de armas de fuego y dotación suficiente. El propietario de la finca del Tartagal ha tenido en su casa al cacique toba Taicoliki y se ha certificado que conducía 50 carabinas Remington, con 200 cartuchos por cada carabina. Me ha informado este propietario que le expresó el cacique mencionado que traía el propósito de dar un golpe a nuestros fortines y retirarse a la República Argentina. Me ha comunicado también que se ha certificado que los chorotis han traído 60 escopetas de fuego central, calibre 16, con suficiente dotación de cartuchos¹⁵.

Además de observar en la propiedad indígena de las armas el germen de un potencial conflicto internacional en la frontera, puesto que Taicoliqui pretende asaltar los fortines bolivianos, el propio Trigo es uno de los pocos observadores que registra un ataque por parte del famoso cacique toba a una aldea wichí («mataco») del cacique Teéjnan, y también otro a una aldea tapiete del cacique As-lú. En estos asaltos, según los tapietes, los tobas tenían «dos carabinas Winchester, que manejaban como nuestros soldados manejan las suyas»¹⁶.

Tiempo después, en plena guerra del Chaco, la situación fronteriza se complica gradualmente hasta trascender los límites regionales y discutirse en la arena pública

¹³ GORDILLO 1999, p. 95 ss.; cf. MATHIAS 2015. Así, por ejemplo, se refiere que el cacique Santiago mata al teniente Videla con su Winchester «y Santiago le quitó el revólver al teniente. Les quitaron todas las armas a los soldados» (Nicanor Jaime de Isla García, cit. en GORDILLO 2005, p. 68).

¹⁴ NORDENSKIÖLD 2002 [1912], p. 9. El mismo cacique aparecerá en las fuentes como Taycolique, Taicoliki, Taicoliqui, etc.

¹⁵ Carta de L. Trigo al ministro de Colonización, Villa Montes, 8 de diciembre de 1906 cit. en COMBÈS 2019b, p. 140.

¹⁶ Cit. en COMBÈS 2019a, p. 185.

boliviana. Pero, una vez más, el papel del armamento militar se desdibuja y se opta por atribuir la responsabilidad de armar a los indígenas en otras partes. Así, un periódico de La Paz publica un artículo titulado *Las empresas azucareras son responsables de que los indios del Chaco tengan armas*¹⁷ que refuerza la denuncia que había hecho Trigo casi treinta años antes. El origen de las armas es el mismo: cuando los indígenas arreglan cuentas con los administradores del ingenio, éstos ponen a su disposición fusiles Winchester, carabinas Remington, escopetas de diversas marcas o revólveres, además de las mantas multicolores, los viejos caballos y las mulas que llevan de regreso a sus aldeas como remuneración por la labor en la zafra: «He aquí el verdadero origen de que el indio chaqueño esté provisto de armas de fuego, con las cuales ha tenido y tiene en jaque a los mejores pobladores del Chaco, tanto en la banda argentina como en Bolivia»¹⁸.

La guerra y la circulación de las armas

Las redes de circulación de armas se alteran naturalmente con la guerra del Chaco y, a la vez, con la casi simultánea llegada a la frontera del Pilcomayo medio de las misiones anglicanas, que comienzan a trabajar con las poblaciones tobas y pilagás. En otra ocasión hemos analizado el papel fundamental de los religiosos de la South American Missionary Society (SAMS) a la hora de transformar la existencia social de los tobas y pilagás del oeste formoseño¹⁹. En 1930 se abre Misión El Toba y en 1935 se inaugura Misión Pilagá, las dos únicas estaciones que trabajan con estos grupos indígenas en la Argentina. Estas misiones no sólo se encontraban próximas geográficamente sino que también nucleaban a gente relacionada entre sí, con lo cual había entre ellas mucha circulación social. Por su ubicación, a la vez, sus miembros estuvieron cerca del conflicto bélico al otro lado del río, aunque sin participar de forma directa en él²⁰.

Sin embargo, la guerra sí influyó decisivamente al alimentar de forma inédita las redes regionales de circulación. En el diario de la Misión El Toba, los religiosos anotan: «Los bolivianos abandonan sus hogares. Escuchamos del otro lado del río que recibieron instrucciones de moverse de inmediato debido al acercamiento de los paraguayos. Hay entonces gran excitación entre nuestra gente, porque dicen que eso les permitió tomar lo que quisieran de los huertos y están ocupados trayendo zapallos, batatas, caña de azúcar, etc. ¡Pobres bolivianos! [...] Los paraguayos han llegado justo enfrente; nuestra gente va en rebaño a verlos puesto que se dice que han

¹⁷ «El Diario», La Paz, 2 de julio de 1933, p. 4. Agradecemos a Marie Morel por brindarnos este material proveniente de la Hemeroteca de la Vicepresidencia en La Paz.

¹⁸ «El Diario», La Paz, 2 de julio de 1933, p. 4.

¹⁹ CÓRDOBA 2016.

²⁰ CÓRDOBA 2016; CÓRDOBA, BRAUNSTEIN 2008.

matado muchos de los animales de los blancos y dan carne a los indígenas. Los soldados también les están comprando cinturones a buen precio. Esto ha comenzado una línea de industria en las aldeas y ¡casi todas las mujeres parecen estar haciendo cinturones!»²¹. Pronto, por estas mismas redes de intercambio fluyen las armas. Los tobas y pilagás ya no sólo reciben sus armas como pago de la zafra estacional en los ingenios, sino en trueque con otros indígenas como los chulupís (chunupis o nivaclés) paraguayos, y además organizan partidas al otro lado del río para ir a recoger los pertrechos militares desparramados y abandonados. Este acceso más fluido al armamento provoca a la vez que recrudezcan sus enfrentamientos con los colonos. Así, por ejemplo, a partir del análisis de las fuentes militares y los periódicos de la época, la historiadora Christine Mathias anota: «En los años posteriores a la guerra, la violencia entre nativos y soldados surgió periódicamente a lo largo del Pilcomayo. En 1935, un grupo de matabos atacó a tropas argentinas en Posta Lencinas matando a varios soldados, mujeres y niños. Los argentinos retribuyeron indiscriminadamente al matar a varios hombres nativos encontrados con armas o que lucían uniformes militares. También capturaron una cantidad de niños nativos y los distribuyeron entre cualquiera que los quisiera»²². Por su parte, los anglicanos documentan un sinnúmero de conflictos con los vecinos criollos. Escribe Thomas Tebboth, uno de los anglicanos que trabaja en ambas misiones (El Toba y Pilagá):

Otra queja es que los pilagás están armados con rifles y aliados con los chunupís que son reportados como muy salvajes. Algunos de ellos poseen rifles que han comprado por acá a los chunupís, que los toman de los viejos campos de batalla entre Bolivia-Paraguay. Estamos tratando de que renuncien a estas armas ilegales, pero es muy difícil. Otra razón por la cual no quieren desarmarse es porque temen ser presa fácil para los soldados apenas dejen las armas²³.

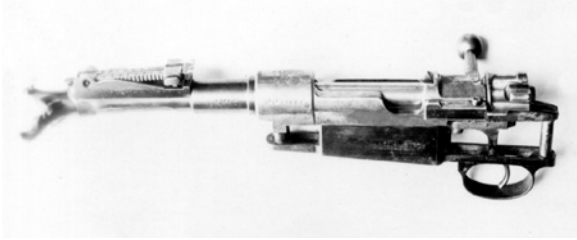
En la lectura indígena de los acontecimientos, la propiedad de las armas es una suerte de mecanismo de defensa que permite a los tobas y pilagás defenderse y resistir en pie de igualdad los constantes atropellos criollos. Así, en una carta a Jules Henry, Arnott refiere los últimos episodios violentos:

Otro horrible crimen se cometió aquí la semana pasada. Lagachedi y Otadañeen iban caminando hacia la misión en Sombrero Negro cuando, en un extremo de El Palmar, fueron atacados por cuatro criollos argentinos [...] emboscados, por lo que yo sé. A Otadañeen le dieron un tiro en la cabeza con un rifle Winchester. Lagachedi se las arregló para escapar, arrojando al huir su rifle y los cartuchos. Llegó a Sombrero exhausto y le contó a Thomas [Tebboth]. Enviaron el sulky por el cuerpo. ¡Se llamó

²¹ CCCW, Diario de la Misión El Toba, entradas del 17 de febrero de 1934 y 11 de abril de 1934 respectivamente.

²² MATHIAS 2015, p. 156.

²³ TEBBOTH 1937, p. 85.



2. Fotografía sin título de Adolfo María Friedrich. Fuente: Colección Guerra del Chaco, Archivo Nacional de Asunción.

a la policía, se hizo la denuncia y al día siguiente dos argentinos fueron llevados a prisión [...] y retenidos como rehenes, por lo que sé, hasta que ofrezcan alguna evidencia! Lagachedi dice que los dos chaqueños capturados estaban con los otros que lo atacaron.

Mientras tanto, la última vez que tuve noticias desde Sombrero el comisario de Puerto Irigoyen está, o estaba, en camino a investigar el asunto. Parece imposible llegar a conocer toda la trama, pero hay algunos puntos que muestran cómo fue posible el ataque. Unas pocas semanas atrás varios argentinos se hicieron amigos de un cabo paraguayo en Sombrero Negro, emborrachándolo para poder llevarse la mula en la cual el paraguayo vino montado. La mula, dijeron, pertenecía a uno de sus tíos o hermanos o algo así. En algún momento los argentinos se pelearon y decidieron dispararle al paraguayo y ¡fue sólo la intervención de uno o dos indígenas de Sombrero lo que impidió el asesinato! (¡Piense en eso!) Los argentinos juraron venganza contra los indígenas por ayudar a los paraguayos contra ellos [...] y pienso, y otros también así lo hacen, que el episodio en El Palmar fue la amenaza resultante en Sombrero Negro, aunque es lamentable que nuestros indígenas hayan tenido que pagar el precio. La intervención de los indígenas para frustrar el asesinato del cabo paraguayo fue al parecer un hecho increíble [...] porque el dueño del almacén corrobora la historia y, al día siguiente, un oficial paraguayo vino a la misión de Sombrero Negro para agradecer a Tebboth y los indígenas el haber salvado la vida de uno de sus hombres²⁴.

Esta circulación de las armas tal vez se comprenda mejor en el contexto del pasaje de la clásica «reciprocidad negativa» (es decir, el ciclo ritual de venganzas y toma de *scalps* entre los diversos grupos indígenas) hacia un intercambio «positivo» (de corte más diplomático, táctico o en todo caso comercial), por el cual las armas traídas de Paraguay asumen valor de cambio fundamental en las nuevas redes interétnicas. Un pasaje, por otra parte, paralelo al surgimiento de una suerte de identidad panindígena que en este nuevo escenario asocia a viejos enemigos locales frente al enemigo común de la colonización. El alcance inédito de esta red de cooperación queda de manifiesto cuando en 1938 los colonos locales denuncian un plan de rebelión y el ejército argentino intenta desarmar una aldea toba:

²⁴ WUA, Serie 9, Box 10, Folder 6, letters 004, carta de J. Arnott a J. Henry, Misión Pilagá, 25 de octubre de 1938.

Para nuestra consternación, llegaron a la misión 50 o más nivaclés del otro lado del río, todos fuertemente armados y algunos con pintura de guerra, para ayudar a nuestros tobas a pelear contra los soldados. Habían oído que los tobas habían sido atacados por los militares y venían para ayudar a sus hermanos indígenas²⁵.

La mediación imposible

El registro en el que surgen datos más detallados sobre el uso nativo de las armas de guerra son los enfrentamientos de los indígenas con las fuerzas militares argentinas, bolivianas y paraguayas. El mayor Alberto da Rocha menciona explícitamente a los pilagás de la aldea de Arnott: «Aun ahora, de vez en cuando, los indios se anotan un poroto. Resulta que por la otra banda del Pilcomayo anda un cacique Negro [...] Este caballero se ha agarrado el río para él. Después de esta resolución, cada vez que los soldados del fortín Nuevo Pilcomayo se aproximan a la costa a sacar agua, son saludados con salvas nada inofensivas [...] Los indígenas son muchos y, por otra parte, herencia del conflicto paraguay-boliviano, están bien armados»²⁶. Por aquellos años, de hecho, la principal meta de los militares argentinos es desarmar a las comunidades indígenas dado que las denuncias de los colonos criollos se hacen cada vez más frecuentes y la situación se complica con el rumor permanente de posibles levantamientos armados por parte de las tribus aledañas.

A veces las requisas son pacíficas, como en Misión El Toba:

Llegaron cuatro camiones militares durante la mañana trayendo 4 oficiales y alrededor de 60 soldados, que estuvieron dando vueltas por toda la aldea para recolectar los rifles paraguayos y bolivianos en posesión de los indígenas. Los oficiales se quedaron a comer y parecían bastante amigables. Se llevaron solamente un rifle de Choliqui²⁷.

Otras veces, en cambio, las requisas provocan una escalada directa de la tensión interétnica. En noviembre de 1938, bajo el rótulo de «NO PUBLICAR», Arnott –por entonces a cargo de Misión Pilagá– redacta un largo informe confidencial para las autoridades anglicanas en Londres²⁸. Este informe es enviado en copia a Jules Henry, con quien Arnott se escribe asiduamente respecto de las vicisitudes que atraviesa la misión. El texto recapitula los últimos problemas de Misión Pilagá con los criollos

²⁵ WUA, Serie 9, Box 10, Folder 5, letters pilaga 008, informe mecanografiado de J. Arnott a la SAMS (con copia a Jules Henry), 30 de noviembre de 1938.

²⁶ DA ROCHA 1937, pp. 144-145.

²⁷ CCCW, Diario de la Misión El Toba, entrada del 6 de octubre de 1934.

²⁸ Misión Pilagá se inaugura en 1935 en Laguna de los Pájaros, sobre el Pilcomayo, muy próxima en distancia a Misión El Toba (Formosa, Argentina). Se trata de la única estación anglicana con población pilagá y cierra sus puertas en 1939, para nunca más reabrir las (para más información, ver CÓRDOBA 2017, 2020).

y con el ejército, así como también la resultante pérdida de confianza en los misioneros que manifiestan los pilagás –que, a la larga, conducirá al cierre de la estación entre otras razones–. Dos indígenas son atacados por colonos criollos y uno de ellos muere. Arnott despierta a la aldea en mitad de la noche para comunicar el asesinato a la comunidad: en medio de los lamentos de las mujeres, de los gritos furiosos de los hombres y de los disparos al aire, el cacique Negro incita a su gente ir a la guerra –se trata del famoso cacique conocido por los militares como Da Rocha–. El misionero procura apaciguar los ánimos afirmando que la policía busca a los culpables y que hay que dejar el asunto en manos de la Justicia. Un grupo de indígenas armados parte hacia el pueblo por la mañana pero no atina a dar con los responsables: efectivamente, los sospechosos ya están en prisión y, por el momento, la cosa se calma.

Pocos días más tarde, aparecen unos camiones con tropas que rodean la aldea y montan dos ametralladoras apuntando a la misión. Las órdenes de los soldados, informan, requieren el desarme completo de la comunidad. Los pilagás amenazan a los soldados y el joven subteniente que lidera el piquete comienza a ponerse nervioso. Las mujeres y los niños huyen al monte. Cualquier malentendido puede ser la chispa que provoque el desastre. Arnott, además, es el único intérprete disponible entre ambos bandos, y explica lo mejor que puede a los militares que, aunque consiguieran que los pilagás entregasen sus rifles, los nivacés volverán a proveerles armas provenientes del otro lado del Pilcomayo:

Lamentablemente los caciques tobas tienen siempre, y deben tener si son buenos caciques, una verbosidad elocuente, por medio de la cual gritan excitadamente cuando hay cualquier cosa importante que comunicar. La llegada de los soldados, enemigos hereditarios de los tobas, quienes a pesar de nuestras enseñanzas todavía conservan sus heridas frescas, exigía un clamor excepcional de los caciques: «¿Qué están diciendo?», dijo el nervioso subteniente una y otra vez. Le expliqué que no tenía que prestar mucha atención a los gritos exagerados de los indígenas. Es una costumbre toba que los caciques griten cuando pasa algo fuera de lo normal. Le dije que los indígenas no estaban enojados y que si hubiesen querido tomar venganza lo habrían hecho días antes de su llegada. «¿Tienen algún rifle?», preguntó el militar. «Sí, muchos», repliqué. Esto era un problema grave para el joven subteniente. Debía solicitar que los indígenas fuesen desarmados. Pero lo contesté que incluso si los tobas hubieran podido ser desarmados (un procedimiento imposible de llevar a cabo sin derramamiento de sangre), habrían conseguido de nuevo armas con los indígenas chunupis [...] los rifles dejados en los campos de batalla por las tropas bolivianas y paraguayas [...]

Pienso que me las arreglé para convencer al subteniente de que los tobas eran muy pacíficos. Nos dejó diciendo que tenía que hacer otra investigación antes de informar al cuartel y que volvería a la misión.

Cuando se fue, un viejo criollo llegó con una carta diciendo que muchos indígenas armados habían atacado un almacén en las cercanías y amenazado de muerte al propietario antes de robar diferentes artículos de los estantes. ¿Significaba esto el fin de nuestras negociaciones de paz? Hablé con los caciques. Negaron enfáticamente haber atacado el almacén. Dijeron que fueron al almacén de camino a pescar en el río,

para asegurarle al dueño que, aunque dos de sus hombres estuvieron involucrados en el asesinato de dos indígenas de la tribu, no tenían intención de tomar revancha (como hubiesen hecho de haber seguido la costumbre antes de que llegase la misión). El dueño del almacén les dio unos regalos, dijeron los caciques. Esto pareció una explicación posible para el llamado «ataque». Aun cuando aseguren que son gente pacífica, los tobas gritan y gesticulan salvajemente: como nadie entiende la lengua toba, a excepción de los misioneros, podemos imaginarnos cómo se habrá sentido el dueño del almacén confrontado con estos indígenas salvajes que le gritaban en una lengua desconocida. Los caciques también fueron enfáticos al negar que hubieran exigido mercaderías al dueño, y tuve que creer lo que decían.

¿Pero lo creerían las autoridades? Examiné nuevamente la carta del dueño del almacén y me di cuenta de que era de unos días atrás. Podía ser que el subteniente hubiera sabido ya del ataque. ¿Por qué no lo había mencionado? ¿Qué le informaría a su comandante? Esa tarde llegó otro camión, esta vez lleno de policías armados. A la cabeza estaba el comisario de la policía de la capital de la provincia de Formosa. Me mostró una petición, firmada por quince personas, afirmando que los tobas habían amenazado la vida y la casa de muchos criollos. La petición solicitaba a las fuerzas armadas reprimir a los tobas agresivos que supuestamente exigían propiedades que pertenecían a los criollos en pago por la muerte de Otadañeen. Los denunciantes informaron al gobernador de la provincia que habían tenido que reunirse en la aldea de El Palmar para protegerse de los truculentos tobas.

Negué las acusaciones. La petición era muy exagerada y los casos citados completamente imaginarios. Lamentablemente el comisario estaba algo borracho. Oyendo los típicos gritos excitados de los tobas, se asustó. No deseaba quedarse un momento más de lo necesario. Se le había pedido que desarmase a los tobas, dijo. ¿Entregarían sus rifles? Le expliqué que llevaría mucho tiempo desarmar a la gente. Muchos de los rifles habían sido cambiados por burros, frazadas y cuentas, y eran usados para cazar chanchos salvajes y ñandúes. Sugerí que en ese momento sería injusto añadir al asesinato de los indígenas (y de otros hace un año más o menos) el secuestro de las armas sin ningún pago [...] especialmente cuando los indígenas no habían tomado venganza tras los asesinatos.

El comisario se dio cuenta que intentar desarmar a los indígenas por la fuerza hubiera sido un procedimiento desastroso. Le dije que con paciencia, comprensión y tiempo sería posible, pero que tratar de hacerlo ahora sería un suicidio.

El comisario tenía muy poca paciencia y quería irse inmediatamente para enviar un informe al gobernador. «Me importa muy poco», dijo: «Si los indígenas no entregan sus rifles, las fuerzas armadas los obligarán... y usted sabe muy bien lo que eso significa». No se quedó ni un momento más. Me volví frenético para pedir a los indígenas que entregaran por lo menos unos pocos rifles. No se daban cuenta de cuán grave era la situación. Traté de mostrarles lo que les sucedería si los soldados regresaban en cantidad... les recordé a sus mujeres y niños.

«¡No tenemos miedo de sus ametralladoras! ¡Que vengan y tomen nuestros rifles! No pueden apuntarnos con esas máquinas. Apuntan siempre alto. Ya hemos tenido la experiencia. ¡No tenemos miedo!» «Sabemos –dijo un cacique– que si entregamos nuestros rifles vendrán y nos matarán fácilmente. Pero mientras tengamos nuestros rifles, nos van a tener miedo».



3 “Presidente”, indígena pilagá, sin fecha. Fuente: Colección privada David Leake, Inglaterra.

Para entonces el comisario había puesto su pie en el estribo del camión. «Un poquitito de paciencia, señor comisario, y le conseguiré algunos rifles», le dije. Pero tenía poca esperanza.

Uno de nuestros dos cristianos bautizados se adelantó con un rifle. ¡Recordaré la imagen de esa mano morena con el rifle durante muchos años! Luego otro... y otro... y otro. Se les dio algún dinero a cambio de los rifles y pronto había una colección de armas en una pila delante del comisario que bebió un poco más vino para celebrar su victoria, después de lo cual partió más borracho de lo que había venido, sin que yo tuviese más oportunidad de hablar con él para pacificarlo²⁹.

El informe de Arnott pone en escena tanto la paciencia como la maestría diplomática necesarias para que los anglicanos logren desmontar los conflictos interétnicos cotidianos. Más allá de su oficio de traductores entre los indígenas y las fuerzas armadas, deben frecuentemente matizar, seleccionar o modificar las expresiones pilagás para que no sean tomadas a mal por los desconfiados militares. Por otro lado, los caciques les recriminan que no hagan lo suficiente como para que se retire el ejército —que, para peor, demanda el desarme completo de la comunidad que quedaría así indefensa frente al acoso de los colonos y los militares—. Los diarios y las cartas de Arnott reflejan bien la ambivalencia de la intermediación entre unos y otros para que no lleguen al enfrentamiento abierto. Las cosas se complican aún más cuando el dueño del ingenio azucarero al que concurren los tobas y pilagás para la zafra anual se comunica con los anglicanos y les comunica que en el próximo tren a Ingeniero

²⁹ Para la narración del episodio completo, ver WUA, Serie 9, Box 10, Folder 5, letters pilaga 008, informe mecanografiado de J. Arnott a la SAMS, 30 de noviembre de 1938.

Juárez envía quinientos trabajadores tobas y pilagás que vuelven a sus hogares exaltados al enterarse de las noticias del conflicto, y que traen todavía más armas:

Luego vinieron los indígenas de los ingenios en un tren especial repleto hasta el tope. Mitad de la capacidad del tren debió haber sido ocupada por los atados que los tobas parecían transportar siempre, y bastante espacio ocupaban también las mascotas [...] ¡hasta cinco o seis gansos! Mientras que dos vagones al final del tren llevaban los caballos. La pequeña ciudad de Juárez parecía haberse convertido de repente en una feria gitana.

Los indígenas se juntaron alrededor mío y clamaron por noticias. Algunos de ellos habían leído los diarios, o se las había transmitido ya su propia gente.

¿Quién había muerto? ¿Había soldados en la misión? ¿Qué tenían que hacer? Les dije rápidamente que todo estaba bien y que los soldados habían retornado a sus cuarteles. Que, en vez de hacerles daño, las autoridades les habían dado ropa y comida, y que yo intentaría partir con esos regalos hacia la misión al día siguiente. Era evidente que se aliviaron muchísimo y ganaron confianza, pues ya en el viaje comenzaron a preguntarme por los burros de orejas caídas y los caballos overos, por sus esposas (¡nótese el orden!) y por los peces en el río. Se metieron en las pocas calles de la ciudad, y llenaron todos los almacenes en la medida en que compraban todo aquello que les daba la gana.

A la puesta del sol llamé a la gente y le di una larga charla. La gente de habla castellana también se juntó a curiosear.

Y así tuvo lugar otro acto para la prevención de la ansiedad y los malentendidos [...] tan simple como parecía. Los indígenas podían comenzar ahora su largo camino desde la estación hacia el río, sin miedo, y a la vez sin causar temor por su conducta cuando pasaban a través de las chozas de los criollos rumbo a su casa.

A la mañana siguiente, con el comisario y su gente partí en camión hacia la misión. Otros dos camiones nos acompañaban [...] uno de ellos casi repleto de indígenas. Llegué primero a la misión para preparar a los indígenas para la llegada de los otros camiones.

Antes de oscurecer los otros dos camiones habían arribado con la ropa y las provisiones. Me dolieron los brazos toda la noche por entregar harina, maíz o azúcar a cada hombre, mujer y niño en la misión. Después de que todos hubieran recibido más que suficiente para una fiesta, les conté lo que había sucedido durante mi estadía en Juárez. Les pedí que fuesen a casa y se mantuviesen en paz (¡porque se habrían quedado charlando y preguntando toda la noche!), y que viniesen a la mañana para recibir más ropa y provisiones.

La distribución de los uniformes policiales que habían enviado fue un calvario. Sin embargo, todos quedaron finalmente provistos de un chaleco, pantalones y casco, y antes de que la distribución hubiese terminado la misión había tomado un aspecto claramente militar. ¡Se esperaba el sonido del clarín en cualquier momento! Se entregaron más rifles luego de muchas arengas comenzamos entonces a repartir las bolsas de provisiones que habían sobrado de la noche anterior³⁰.

³⁰ WUA, Serie 9, Box 10, Folder 5, letters pilaga 008, informe mecanografiado de J. Arnott a la SAMS, 30 de noviembre de 1938.

En este escenario marcado por los problemas frecuentes con las fuerzas de seguridad argentinas, surgen otras noticias simultáneas de enfrentamientos igualmente peligrosos con las tropas paraguayas (y en menor medida bolivianas). Por lo general, estos conflictos se suscitan cuando los tobas y pilagás intentan recolectar, pescar o cazar en la otra banda del Pilcomayo, percibida por ellos hasta la guerra como parte de su territorio tradicional³¹. Nuevamente, los documentos, diarios o cartas de los misioneros anglicanos registran episodios que no pocas veces son dramáticos. Copiamos, a modo de ejemplo, algunas entradas de los diarios misionales:

Llegan indígenas desde Pozo Dos. Un cacique y otros han sido baleados por soldados bolivianos³².

Esta mañana, mientras los indígenas estaban pescando, los paraguayos les dispararon. El señor y la señora Leake estaban en la orilla y vieron las balas golpear el agua. Todos salieron del río y se metieron en el monte, mientras los jinetes paraguayos seguían recorriendo el otro lado del río³³.

Ayer por la noche Natogochi y otros llegaron con la triste noticia de que Tanagode había sido asesinado por los paraguayos mientras estaba pescando del otro lado del río. Varios hombres se fueron a buscar el cuerpo, pero no fue exitosa la búsqueda³⁴.

Alrededor de las 12 del mediodía, se dispararon varios tiros desde el lado paraguayo y varios tiros fueron devueltos desde este lado. Los indígenas dicen que Ajenaic estaba pescando en la otra banda cuando los paraguayos le dispararon. Ellos empezaron a disparar desde este lado, y los paraguayos se fueron³⁵.

Una carta que Arnott escribe a Henry detalla uno de los episodios más graves que enfrentó a unos wichís de Misión El Yuto con los soldados paraguayos:

Río arriba, los matacos de nuestra misión El Yuto no han sido tan afortunados con los paraguayos. Hace poco dos soldados pidieron a un indígena que les llevara un pollo. El viejo mataco y su hijo, desarmados, cruzaron con el ave. «¿Dónde están las mujeres?», dijo uno de los paraguayos. Y se negó a pagar el pollo, porque no las habían traído. Hubo una pelea, supongo, y, cuando los matacos voltearon para irse, el más joven cayó con una bala en su espalda. El viejo giró la cabeza justo a tiempo cuando el otro soldado corría hacia él con un cuchillo. Pelearon y el hombre recibió un profundo tajo en la cabeza. Se las arregló, sin embargo, para sacarle el rifle al otro soldado, a quien disparó hiriéndolo en el cuello. El soldado con el cuchillo huyó y el mataco volvió a la misión bañado en sangre. Para cuando llegaron al otro lado del

³¹ CÓRDOBA, BRAUNSTEIN 2008.

³² CCCW, Diario de la Misión El Toba, entrada del 11 de enero de 1933.

³³ CCCW, Diario de la Misión El Toba, entrada del 26 de agosto de 1934.

³⁴ CCCW, Diario de la Misión El Toba, entrada del 9 de abril de 1937.

³⁵ CCCW, Diario de la Misión El Toba, entrada del 12 de abril de 1937.

río, su hijo estaba muerto, pero el paraguayo se las había arreglado para escaparse. El comandante local emprendió una investigación, pero el soldado herido se negó a dar información. El otro no ha aparecido desde entonces y se cree que ha desertado. Tres días después, el paraguayo murió³⁶.

Lo interesante, en este caso, es que el recuerdo indígena y el anglicano de estos enfrentamientos se ven confirmados por el testimonio contemporáneo de etnólogos como Jules Henry o Alfred Métraux. En efecto, este último reporta los mismos episodios con variaciones menores, e incluso evoca alguna ocasión en que un soldado paraguayo le disparó al propio Arnott:

En 1937, los paraguayos disparaban contra todos los indígenas que pescaban en el río; mataron a uno e hirieron a otro. Casi mataron al pobre Arnott cuando trató de cruzar el río para hablar con el teniente. Un paraguayo le disparó con su fusil y, cuando lo interpelló, el soldado se echó de bruces para apuntar mejor. Arnott se refugió a toda prisa detrás de un árbol³⁷.

Epílogo

El análisis de las tensiones interétnicas cotidianas en el Pilcomayo de principios del siglo XX nos permite explorar los diversos matices de la conexión entre pueblos indígenas, misión y mecánica. Tanto como el trabajo estacional en los ingenios azucareros, son los anglicanos quienes efectivamente introducen la mecánica como elemento cotidiano de la sociabilidad indígena: a fin de lograr el consabido objetivo de insertar a las sociedades nativas en el esquema socializador del Estado Nacional, son ellos quienes difunden las bicicletas o los molinos de agua; son ellos quienes los instruyen como choferes y/o mecánicos de los coches y camiones que trabajan en la región; son ellos quienes organizan los primeros talleres de carpintería con herramientas y máquinas que permiten establecer una producción en serie, y también son ellos quienes introducen la imprenta para publicar los cuadernos de gramática en lengua indígena, los libros de salmos y los primeros textos escolares. Sin embargo, al mismo tiempo sabemos que el papel de las armas como artefacto resulta inevitablemente problemático cuando propicia una cierta ambivalencia relacional que difícilmente armonice con la agenda civilizatoria, y que paradójicamente termina volviéndose contra los propios religiosos.

En efecto, para los tobas y pilagás del Chaco argentino, el armamento procedente de la banda paraguaya del Pilcomayo no es una herramienta técnica más, sino que constituye una materialidad estratégica provista de una significación particular-

³⁶ WUA, Serie 7, Box 7, Folder 16, pilaga 003, carta de J. Arnott a J. Henry, Misión Pilagá, 9 de agosto de 1937.

³⁷ MÉTRAUX 1978, p. 73.

mente densa. En un espacio fronterizo volátil, inestable, violento, saturado de roces cotidianos, el fin de las hostilidades formales tras la guerra del Chaco no implica en modo alguno que se definan con nitidez las jurisdicciones y competencias territoriales argentinas, bolivianas y paraguayas. Abandonadas en los viejos campos de batalla, las armas se reciclan en las redes de intercambio y reciprocidad interétnicas y operan –valga el juego de palabras– como mecanismo disparador de un juego de articulaciones tan peligroso como potencialmente creativo: si por un lado ciertamente estimulan los enfrentamientos sangrientos, por otra parte dificultan sensiblemente la propia intermediación anglicana. Los religiosos ejercen una diplomacia delicada –ocasionalmente exitosa, pero a la larga difícilmente sustentable– entre las propias parcialidades indígenas, y luego entre los propios grupos nativos y las poblaciones criollas locales, las autoridades argentinas y las fuerzas de seguridad nacionales y extranjeras. En efecto, más que por alguna razón propiamente religiosa, sabemos que es justamente por esta protección que los anglicanos son buscados por los grupos indígenas del Pilcomayo³⁸. La memoria oral confirma esta percepción cuando evoca los tiempos casi legendarios de los *cadetá*, «nuestros padres», mediadores privilegiados entre la sociedad indígena y el mundo exterior. Pero si por un lado los justifica, esta diplomacia minimalista tiene un precio para los anglicanos. Cuando intenta apaciguar los ánimos vengativos de los tobas hacia los soldados argentinos que habían asesinado a varios indígenas, Thomas Tebboth organiza una reunión en Ingeniero Juárez para presentar una queja formal ante las autoridades provinciales. El coronel a cargo jamás se presenta a la cita y toda la negociación queda en la nada para exasperación del propio religioso e indignación de los indígenas:

¿Podrán imaginarse mi desencanto cuando al llegar y preguntar en el hotel local me enteré de que el coronel que había hecho la cita no había venido en el tren ni había enviado explicación ni disculpa alguna? De manera que tenía que regresar y enfrentar a los indígenas expectantes. Pueden imaginarse la terrible reacción de esta gente simple: el anticlímax y las propuestas diferentes que nos presentaron para lidiar con la situación. Las amenazas guerreras estaban incluidas. Jamás recibí respuesta del coronel a quien yo había dirigido mi queja, a pesar de que yo había tenido gastos e inconvenientes considerables para llegar a Juárez y encontrarlo según su requerimiento, solamente para enterarme de que no había llegado. Tampoco recibimos nunca una respuesta satisfactoria de las altas autoridades en Formosa y en Buenos Aires en relación con nuestras declaraciones originales de los hechos y las averiguaciones para investigar el incidente. Inevitablemente hubo una pérdida de confianza en el poder y la autoridad de los misioneros. Combinada con la sequía de la laguna en la cual la Misión Pilagá estaba situada y la escasez de misioneros debido a la guerra [Segunda Guerra Mundial], el resultado final fue que los indígenas se desparramaron por otras partes del área toba y se cerrase la estación de la Misión Pilagá³⁹.

³⁸ CÓRDOBA, BRAUNSTEIN 2008; CÓRDOBA 2016. Ver también GORDILLO 1999, 2005.

³⁹ CCCW, Thomas Tebboth, sin fecha, Box 1-015.



4. Fotografía sin título de Adolfo María Friedrich. Fuente: Colección Guerra del Chaco, Archivo Nacional de Asunción.

Al mismo tiempo, tal como recalcan los propios testimonios y las acciones indígenas –y en particular el episodio de los nivaclés cruzando el río armados hasta los dientes para apoyar a los pilagás–, resulta innegable que la propiedad de las armas fortalece su capacidad colectiva para lidiar en pie de igualdad con los diversos actores regionales, e incluso incentiva de forma inusitada la identidad regional de unos «hermanos indígenas» que, por primera vez, logran oponerse en un bloque más o menos homogéneo al avance aparentemente incontenible de la colonización.